



de crece la flor amarilla de los jaramagos. Ahora, como una guillotina que partiese la purísima y azul lámina del cielo, una espadaña. Es un arquito blanco, muy blanco también, y con un nido de cigüeñas a un lado, que simula un turbante. Todo esto suspendido en alto sobre la profusión de aleros, tejadillos y terrados. Este arquito sostiene en su centro y en el aire, una campana, que burlescamente hace revolotear sus falditas en el espacio, como si quisiera desprenderse de la espadaña.

En la Plaza Mayor, con soportales típicos, hay una fuente en el centro y un tabladito para que la banda municipal toque los domingos y otros días festivos. En la plaza, entre el Ayuntamiento y el casino de los señores, hay un bar, tres ta-

llas, rojas y negras; un portón con su mirilla, una plaquita de esmalte con el Corazón de Jesús y un cordelillo encerado, con un nudo en la punta, para tirar de la campanilla.

Algunas veces, durante el día, el portón se abre y en el fondo surgen las claras y esbeltas columnas de un patio que tiene por pavimento ladrillos muy rojos entrecruzados con monisimas olambrillas. Arriba, sobre la baranda que forma el ojo del patio se extiende el plano dorado del toldo henchido y tirante. Otra calle, ya con las aceras aljofifadas. En Castilla la gris, desconocen el encanto que tiene para toda mujer hacendosa y pulcra, como la andaluza, esta palabra de tanto sabor árabe: Aljofifa. Con ese trozo de trapo, grueso y burdo, siempre chorreando de agua, hacen brillar las losetas y las piedras del pavimento, y dan a todo el pueblo, el aspecto de un limpio caserón con sus corredores y salones—calles y plazas—“crujiendo” de limpios.

Otra calle más modesta, pero igual de pulcra, con casitas de un solo piso y, en vez de azoteas y miradores, tejadillos, don-



*Martín de León*